

Ricardo Tudela

Juan de Mairena o de la indagación de lo hispánico

Prenda es de héroe el combinar con héroes.—GRACIÁN.



TIENE campos anchísimos el prestigio de Antonio Machado, poeta. Su numen—y su estilo—encarna valores representativos del alma hispánica. Dentro de formas puras y ceñidas, cuyo origen identificase con lo más genuino del genio de su raza, ha sabido universalizar el sentido profundo de la poesía de su tierra. Esa universalidad, nutrida heroicamente en los desvelos individuales, es la hispanidad ardiente y eterna que sólo el poeta sabe captar y vitalizar. Mas—pongo en ello mi atrevimiento andariego y sediento de bibliómano incurable—es casi seguro que pocos conocen al Antonio Machado, pensador. De éste va a ocuparse—y preocuparse—el siguiente ensayo.

Esconden los poetas—más de lo que se cree—la angustia de su insuficiencia en la prosa. Quiero decir que, aun siendo firmes y audaces en el pensamiento, no

logran traducir muchas veces esa intensidad en cuanto les propone el espíritu, lejos del verso, como problema autónomo de belleza o verdad. Ese es el vía crucis del artista verdadero. Para aquilatar los valores de un poeta—de su auténtica compenetración con los mundos históricos y estéticos de su arte—parece que hay que someterle al sigilo creador que surge del dominio de la prosa. Su culto, que es la exclusión principal de la duda, somete la voluntad, desde ángulos febriles, a altas tensiones en que un anhelo poderoso oficia de timonel y de artífice. Así, el espíritu reconócese mejor a sí mismo, y conforme ahonda sus mundos subconscientes afina los medios de expresión. Es verdad que éstos son casi siempre hijos de lo que se tiene que decir, porque toda alma esclarecida, rica del sentido liberador del sufrimiento, extrae su propio lenguaje de la misma corriente en que la vida lo realiza. La naturaleza ética, a medida que se ve sometida por el filtro del dolor, desenvuelve otras formas de la naturaleza, que en su propio proceso terminan por dar de sí una naturaleza especial de esencia estética. De esa fuente nace el estilo que, cuando es del cauce de la prosa, suele tomar vuellos amplios, vivaces y armoniosos.

Antonio Machado tiene un libro—dado a la estampa en las proximidades de la actual hecatombe española—que enardece ese espíritu de conquista estética. Todo en él vierte un signo que parece creado para la acción. Y de la acción interior habla apasionadamente, sin duda para extirpar la duda de la acción ex-

terior, que es el peor fantasma de quien necesita hacerse representar por una prosa audaz y cabal. El libro está escudado por un título representativo: «Juan de Mairena». Visiblemente se da cuenta uno que el escritor tórnase a sí mismo como personaje simbólico. Es, por cierto, el único camino legal y fructífero. Quien tiene que apurar sus propios jugos para dar con los de su raza, necesita partir de sí mismo, sumergirse en su propia sangre y ordenar las medidas íntimas en que su temperamento es representación del temperamento racial. Juan de Mairena tiene una realidad de carne y hueso, y dentro y por encima de ella, una realidad substancial que persigue y necesita del artista. Por eso las materias del libro son viriles, personalísimas, únicas.

* * *

Ante todo, ¿qué enseña Juan de Mairena? Una cosa integral, renacentista y creadora: «Sé fiel a ti mismo». La máxima no está en ese lenguaje, porque los hechos del libro parecen completarla con esta ampliación: «pero por la contradicción». Cosa muy simple, ¿verdad? Sin duda. Sin embargo, por ahí cojea todo el sistema social y nacen los inhumanos desvíos de la cultura. Por esa simple y desoída admonición se creó el vasto y resonante mundo antiguo y por ella pudo alcanzar el hombre de esa era un desenvolvimiento pleno y profundo de sí mismo. Es el mismo mensaje que transmite Píndaro en su famoso verso: «Sé lo que eres». Es todo

el temblor, por momentos demoníaco, de Sócrates, Platón, Epicuro, Porfirio, Jámblico, Plotino, Epicteto; lo que hace decir, sin duda, magníficamente a Cicerón: «Sócrates hizo descender sobre la tierra la filosofía del cielo». Es el temblor de todos los helénicos y helenísticos de la cultura clásica y neoclásica. El hombre, en cuanto materia candente de cultura, tiene en sí ese problema primordial de fidelidad. De tan urgente y candente lealtad, que es de esencia espiritual, el hombre puede recobrase y conquistarse. En vano busca desflorar otros senderos y aliarse incluso con lo inverosímil. Por más que huya de sí mismo, ese es el drama que tiene que representar y superar.

Sin duda el mundo antiguo nos reserva aún lo mejor de su herencia. Ella está constituida por el propio y esencial sentido de lo helénico y helenístico. En esta hora hay que confirmarlo heroicamente. Nunca, en todos los procesos de la historia, se encontró el hombre tan recargado de la urgencia humanista. Se viene hablando en todos los tonos y con máxima autoridad—Stefan Zweig, Jacques Maritain, Han Ryner, Thomas Mann—acerca de la necesidad de retomar camino tan esclarecido. Sin él, hay que convencerse, no podrá restaurarse al hombre en la vida. Por poco que nos confesemos, tenemos que reconocer que por ahí apunta la salvación. El humanismo, que para Thomas Mann tiene que ser «militante», para serlo como fuente de completación creadora ha de inflamarse del sentido «integral». Nietzsche, que en muchas cosas fué un pre-

cursor, lo comprendió siempre a lo largo de su calvario. Ahí están las vigorosas intuiciones—y realizaciones—de su libro el origen de la tragedia». Y lo comprendió, acaso, en el propio Goethe, que, a fuerza de crecer en los hervores de su romanticismo, alcanzó la clara armonía helénica. (También «realizó» Schiller ciertos tonos de ese humanismo, no obstante los embates de su frenesí y su exaltado aliento lírico). No es posible dudar que, si el hombre se destroza, débese a que no fluye en él la vida plena. Los sistemas, los dogmas, las preconcepciones encrespan la vida interior y la confunden. No es por ahí como se logra la realización. Tales superposiciones crean tipos mentales de escasa o nula repercusión espiritual. Así, lo que más queda huérfano del ser es el sentimiento, que no penetra en la voluntad, a fin de fecundar todos los actos. De esa manera distánciase el hombre, incesantemente, de sí mismo. Y ahí está lo grave. El remedio—heroico, por supuesto—es retornar a las viejas conexiones del espíritu, poblando el corazón y el pensamiento con retoños de la «sabiduría riente». Si se despierta esa apetencia y el ser concentra sus fuerzas en su satisfacción, pronto se dejarán atrás las formas vetustas y falsas de la cultura inhumana que nos rige. Lo esencial, para ello, es experimentar avidez de profundidad; entregarse a tareas ardientes de conocimiento y esperar que él fructifique y esclaresca. En cuanto el hombre entra en posesión de tal sentido, empieza a identificarse con la vida: la vida lo «unifica». Esa unidad es él mismo en cuanto toda la

cultura que anhela tiene que liberarlo y realizarlo. Asimismo, y por una acción de polaridad, esa manera de ser ha de volcarle en un sentido pleno del hombre. En ese estado no hay separación posible entre hombre y vida. No la hay, porque no existen sino leyes de compenetración y realización. Con ese valor, profundamente griego, el hombre es la realidad del hombre. una realidad de profundidad que multiplica perennemente estados de claridad. Como fué la verdadera cultura helénica: clara, fuerte, serena. El humanismo integral, que no es sólo severidad, sino efusión gozosa y transparente, conoció esa «pasión desapasionada» en sus períodos decisivos y aun en sus alianzas greco-cristianas. Y esta es la herencia que en este instante trágico de nuestra civilización tenemos que vivificar, como medio de vencer las irrupciones obscuras del pasado.

• • •

Mas Juan de Mairena, que no es helénico sino español, quiere, ante todo, sumergirse en su propia raza. Para ello se toca a cada momento la sangre y la enriquece con la sangre de su espíritu. Esto no le impide que ame lo circunstancial, pero bajo el afán de saber que puede ser su técnica. Porque el hombre, además del designio, tiene esa otra cosa apurada y febril que es la expresión. En la forma de alcanzarla le nace la técnica. Y por ella las vastas proporciones del sentido.

Es en él donde se revela acabadamente un carácter. Juan de Mairena tiene su drama, que racialmente se confunde con el de la cultura. El hombre en la manera de conectarse con el hombre, expresa la jerarquía de su alma. Lo contrario de la civilización actual, que se basa en una técnica refinada para desentenderse de lo humano. El hombre, que además de tal es artista-pensador, quiere la viviente realidad de la vida; necesariamente ha de reconocer que cuanto se oficializa como «cultura» mutila y deforma el sentimiento. Una cultura, para vivificar el valor humano, ha de ir resueltamente a las fuentes de ese valor; y ellas están incuestionablemente en el pueblo. De ahí que todo punto de partida se encuentre en el fluir histórico de lo popular: el folklore. Así toda voluntad de fidelidad entróncase con raíces primordiales; necesita sumergirse y nutrirse en la propia savia de lo colectivo; y es en esa hondura donde vierte su capacidad de transformación y adonde se dirige el grueso de las fuerzas de su espíritu. Sin esa realidad popular no fructifica el conocimiento ni se polariza la experiencia para el sentido ulterior de la acción: la vida. La vida, tomada en su simultaneidad de hombre y cultura, es el proceso de todos los valores humanos y la síntesis que supera esos valores. Y en el pueblo aparecen y se transforman como formas inagotables de saber y superación. Así lo entiende el propio Juan de Mairena: «Es muy posible que, entre nosotros, el saber universitario no pueda competir con el folklore, con el saber popular. El pue-

blo sabe más y sobre todo, mejor que nosotros. El hombre que sabe hacer algo de un modo perfecto—un zapato, un sombrero, una guitarra, un ladrillo—no es un trabajador inconsciente, que ajusta su labor a viejas fórmulas y recetas, sino un artista que pone toda su alma en cada momento de su trabajo». Esa intensidad sólo es vital en las manos «plurales» del pueblo. Y del pueblo y por él nacen los ardores de cosas nuevas y de formas aptas originariamente para estructurar y acelerar una cultura.

De la misma manera el arte comienza en el pueblo. La civilización actual, en su faz manual, no posee el goce individual de crear para ser; acaso tampoco en su actividad estética. Por nuestro sistema, hacemos por exigencia exterior de hacer, por imperativos de la necesidad; no trabajamos bajo el mágico estremecimiento de afinar nuestro ser, de moldearnos y crearnos en lo que hacemos como si «pulsáramos» una obra de arte. Por mucho que nos excite el genio del pasado, no anhelamos completarnos a través de lo que hacemos. En la Edad Media—tan incomprendida, tan desfigurada en sus vivencias espirituales—el culto de la artesanía penetraba profundamente en la captación del matiz, de lo casi imponderable. Era, sin interrupción y sin ruidos estériles, una floración intrínseca del espíritu. Trabajar era poseer el don milagroso de «darse», de exprimir lo mejor de su ser y de su gracia en formas crecientes y poderosas. «Darme, ¿no es un admirable medio de crearme?», exclama Han Ryner. Muy

pocos, poquísimos, llegan hoy más allá de la acción epidérmica, febril, inconscientemente apresurada. De ahí su incesante frustración. Esto explica que Juan de Mairena diga que él, contra una aristocracia rural, «conocía un pueblo inteligente, fino, sensible, de artesanos que saben su oficio y para quienes el hacer bien las cosas es, como para el artista, mucho más importante que el hacerlas». Está patente que el sentido vivo de la cultura no puede existir sin la conexión auténtica y vital de los valores humanos del folklore. Es como si buscáramos que los canales, hijuelas y acequias de regadío trajeran agua sin que la trajese antes el río. Sin este viviente sentido del pueblo, de sus encrucijadas étnicas y psicológicas—tal vez también metafísicas—una cultura no va más allá del dogma, del privilegio y la injusticia. Así lo «popular» es lo más quemante y escurridizo de la naturaleza histórica; hasta suele ser, en épocas ardientes, lo antihistórico desde un impulso irrefrenable en que lo «colectivo» ha de desplazarse para realizar creadoramente al «pueblo». Una prueba concluyente la tenemos, para justificación de cómo aparecen las formas vivas de la cultura, en que los filósofos vitales acuden presurosos y anhelosos a nutrirse de entraña tan rica. Sin esa sangre, el pensamiento no es creador; con ella aviva los rescoldos milenarios y convierte en sembreras los eriales. Juan de Mairena lo ha comprendido también, puesto que, para su depuración humanista, reconoce que el «folklore es cultura viva y creadora de un pueblo, de

quien hay mucho que aprender, para poder luego enseñar a las clases adineradas . . . ».

* * *

Una cosa hay que tener presente en Juan de Mairena: que además de «profesor» es artista completo. Así, merced a una suma creciente y viviente de sensibilidad, ha llegado a polarizar su propio ser en lo mejor de su angustia. Esto quiere decir que es artista vital, perennemente insatisfecho. Ya sabemos que de esa insatisfacción brota lo más fecundo de toda alma creadora. «Si quieres ser hombre, sé no conformista», dice Emerson. En este caso, suplantemos el concepto «hombre» por su equivalente de «artista»—que es la correlación integral de toda hombría auténtica—y tendremos la alta jerarquía de la voluntad heroica: el símbolo vivo.

Pues bien; este hombre, tan limpio de cosas menores—en las dimensiones vivaces del espíritu—tan encontrado en su propia reciedumbre racial, sálvase de sus equivocaciones—de sus contradicciones, porque la esencia del error humano nace del curso irrefrenable de la contradicción—merced a su gran aliento humano. Hay que verle libertar y florecer su propia ironía y revolverse dentro de ella como la flor en la luz o el pez en el agua. Y hay que verle, por encima de esa fineza estética, como se le pone de sangre el valor filosófico y la quemante llaga de la metafísica. Es de

ese fondo maravilloso—de los vientos voraces del instinto de ese fondo—por donde hay que buscarle para terminar los intermedios de su alma y dar estatura a los escorzos de su pensamiento. Todo eso, como no podía menos de ser, acontece en función de destino. Y es así como prepara, por dentro mismo de los cambiantes de la vida, una cosa nueva y eterna: la muerte. En ese drama es también—y precisamente—profundamente español. ¿Hay pueblo, si no, más saturado de esa energía exaltante y libertadora? En ninguna lengua, por eso—los filólogos pueden testificarlo—adquiere tanta categoría de voluntad plural, y, única la palabra «sangre». Ella es la raíz de todas las articulaciones raciales que fecunda el vivero de lo hispánico. Por la sangre, además, resuelve el alma española sus problemas amorosos y su gran capacidad de liberación, y asimismo los afanes de la cultura, que históricamente tienen un curso fructífero en que la sangre es el fertilizante y el zumo regulador. Juan de Mairena, como tipo representativo, en esto se come solo sus vecindades de la muerte, que crecen solitarias y firmes en la raíz de su españolidad. En tal proceso crece hermosamente el hombre con la misma substancia de su poesía; porque aquí, y en él, el sufrimiento es pujante claridad interior. Sin ese vigor de adentro—realista y subjetivo, como todo lo hispánico—¿cómo se salvaría de sus callejones sin salida? Hay que darle sin duda dimensiones líricas para todo; y hacer que la muerte reemplace en su corazón las ausencias del destino.

Mas dijimos que la poesía tomaba horizontes primordiales en los desvelos de Juan de Mairena. Es que tanto la vive, la calienta, le procura porciones de sí mismo, que su goce de sufrir se nutre también de raíces hispánicas. Así, desnuda su manera singular de crear la vida a efectos de un mensaje libertador. Y ahí tenemos el poder por excelencia de una raza que no busca sino una cosa total: la libertad. Como es lógico, para llegar a ella crea previamente la paradoja de la muerte, que también participa de su naturaleza. Esto explica que, a poco que se descuide, todo valor se le escurre por la metafísica (alguna vez habrá que escribir una metafísica del trágico realismo español). Esa, sin duda, es manera de libertarse por el pueblo; es decir, conectar cuanto llevamos globalmente de él a objeto de estructurar un nuevo sentido del hombre. Todo eso, y sus mundos paleolíticos, constituyen «folklore». Desde las noches en que nada se ofrece para la historia, el hombre continúa acercándose así mismo; y es porque lo más decisivo de su ser, a través del milagro popular, crece unas veces para el espíritu terrestre y otras subvierte sus raíces en busca de atmósferas superiores.

¿Quién es, así, más fiel a su destino de raza? El que mejor identifica su sabiduría con la esencia creadora del pueblo. Entonces le crecen fuerzas del terreno viviente de la historia, por donde el pueblo no se adultera jamás cuando tiene que desdoblarse para integrar una cultura. Porque lo representativo no es sino la misma función histórica de lo popular que desenvuelve sen-

tidos más altos; es decir, que toma las líneas vitales del «folklore» vivo y lo estiliza para un diseño superior de humanidad.

Juan de Mairena lo sabe y lo advierte. Su españolidad es el propio pueblo en dimensiones universales. Porque este profesor, a fuer de artista cabal, no ama sino medidas amplias, tipos de universalidad. De ahí que prevenga sentenciosamente: «Reparad en que hay muchas maneras de pensar lo mismo, que no son lo mismo. Cuidad vuestro folklore, pues, y ahondad en él cuanto podáis».

• • •

El profesor-artista, para llegar a su sentido de lo hispánico, apela a la travesía de todos los dolores de su hispanidad. No le faltan los pujos moralistas, que disuelve en una diáfana circunvolución de humorismo. Así y todo, destila, por momentos, ese jugo agridulce de los conceptos inveterados, que tanto recarga el itinerario despacioso de los clásicos. Todo ello, felizmente, termina por ser una honda avidez en que al final sólo desea hablarse a sí mismo. Entre él y los discípulos tiene interiormente un diálogo secreto. Por fuera asume sólo apariencias deseosas. «Cuidado con vosotros mismos», parece ser su doctrina; muy luego se advierte que es para fecundarla en los campos de la paradoja.

Por eso nos prende con gracia muchos trances de su pensamiento. Salpimienta los mejores bocados y, autén-

tico español, sabe aprovecharse del levantamiento apetitoso de la ironía. Con ella es simultáneamente fuerte para salvar la hondonada o tirarnos de bruces en los problemas insolubles. Y la defensa la encuentra dejándose tocar de un suave escepticismo, que sin que sepamos se tiñe en nuestro interior de verdores nuevos. En ese trance, el hervor de crear—y pensar—le viene espontáneamente a la boca como los jugos gástricos a la vista del manjar exquisito. Por eso, la gran virtud de este tipo de pedagogo del espíritu—vitalmente simbólico—está en que no deja nunca de manejar materias e instrumentos de su raza. España está ahí, multiforme y única; púlsanse sus jadeos históricos, sus procelosas rebeldías, sus trabas congénitas. Junto con su entraña, el hombre; y dentro de él el gran sentido de universalidad que en la creación indaga, perfora, soslaya, retorna, cae, emprende vuelos atrevidos y, como un epílogo magnífico, realiza el promedio en que cobra segura vida integral toda verdad.

Y esa verdad es su españolidad siempre presente. Oigámosle: «Yo siempre os aconsejaré que procuréis ser mejores de lo que sois; de ningún modo que dejéis de ser españoles. Porque nadie más amante que yo ni más convencido de las virtudes de la raza. Entre ellas debemos contar la de ser severos para juzgarnos a nosotros mismos, y bastante indulgentes para juzgar a nuestros vecinos. Hay que ser español, en efecto, para decir las cosas que se dicen contra España». Esa es la idiosincrasia viva de una raza que conoce todos los mar-

tirios. El libro está escrito y vivido mucho antes de la guerra; ni siquiera había sospechas en el espíritu de Juan de Mairena acerca del terrible derrumbe espiritual y social de esta hora. Sin embargo, ofrece frases que revelan los caminos del heroísmo actual: «España no ha peleado nunca por orgullo nacional, ni por orgullo de raza, sino por orgullo humano o por amor de Dios, que viene a ser lo mismo». La España sin sentido humano es precisamente la anti-España, la que carece de verdad y universalidad. Juan de Mairena se debe encontrar ahora, no cabe duda, con pavorosas realidades raciales al desnudo; y ha de haber confirmado dramáticamente aquella afirmación suya, tirada entre líneas, de que es una nación «destinada a jugárselo todo en una gran contienda».

•••

Otra forma del valor representativo de este profesor consiste en que desflora todos los temas y no se enamora de ninguno; por ello puede detentar la gran verdad hispánica, confirmada mil veces por los hechos, de que el goce mayor de la raza está en «quebrarse» espiritualmente para realizar su destino. Juan de Mairena experimenta ese acontecimiento de crecer en la incertidumbre; recuerda a Miguel de Unamuno—encarnación épica de lo hispánico—cuya fuerza encontró su punto más claro en morir y renacer. Esto demuestra que cada español necesita pasar, si quiere llegar a su

autenticidad, por la anti-España; el «sentido trágico» que experimenta más que pueblo alguno. Por ello, toda la historia de su cultura es una carnal—y supracarnal—trayectoria hacia ese destino. «Si quieres ser lo que eres, has de ir por donde no eres», dice Juan de la Cruz. Esa parece ser la confluencia de sus leyes esenciales. Juan de Mairena las desglosa de su actividad racial, por así decirlo, y va poniéndolas y superponiéndolas en los caminos y fines que anhela. Es claro que su incertidumbre está movida por la fuerza de una alegría vital, de una emanación poderosa de la raza. Así, para este hombre, el auditorio tiene o no tiene realidad; es lo mismo a efectos de la superación del tiempo por el espíritu. En su perennidad, los discípulos cobran imágenes poderosas, muy semejantes a las de aquel verso de Homero que satura la muerte: «Como la generación de las hojas, así también la de los hombres».

El dolor de España es ese tránsito incoercible de la vida a la muerte. Por mucho que se le discierna, una frecuentación de lejanías quemantes va y viene en la plenitud de cuanto propónese. De sobras ha de verlo ahora Juan de Mairena, en la hora trágica de lo hispánico; aunque muy enriquecido de hechos, el vigor de lo imprevisto vuelve a ese sentido insobornable el ideal y el espíritu. Esa es la terrible paradoja de la raza. Se han previsto muchas cosas, unas para lo alto del corazón y otras para lo bajo de los tugurios del instinto. Es en vano: el espíritu hispánico sólo se satisface con valores definitivos. El pensador, por eso, padece ahora

la pluralidad inusitada de una presencia-ausencia. Ese era el destino de España en Europa. Estaba en sus alrededores y un viento ardiente traspasó todas sus formas históricas para agigantarla en las mil realidades de una sobrerrealidad super-europea. Así, es augural su poderoso desgarramiento. Como fué siempre todo lo hispánico. Por él, por su vitalidad redentora. Europa tendrá un día que compenetrarse y vivificarse en una verdad auténtica de cultura. Desde tiempo tan puro—y tan avizor—los mensajeros del espíritu hablan idiomas aparentemente incomprensibles. Poco importa que no se les entienda momentáneamente. El espíritu se hará comprender tarde o temprano, porque encarna la verdad profunda e insobornable de la vida. Juan de Mairena la da también, la despedaza para darla, porque sólo de fragmentos se compone tan íntima y libertadora embriaguez.

Julio, 1937.